

Hacia una poética de la Historia

Rodrigo Díaz Maldonado

En un breve e interesante ensayo, el filósofo alemán Peter Sloterdijk entre otras cosas nos ofrece una interpretación del relato bíblico sobre la torre de Babel.¹ Como todos saben, los hombres habían alcanzado un acuerdo y fijado un propósito común. Parece ser que esto molestó al Dios todopoderoso normalmente iracundo del Viejo Testamento quien sin más trámites, y sin especificar claramente las razones del disgusto, separó a los hombres por medio del recurso expedito de la confusión de las lenguas. La moraleja es simple y contundente: el Dios bíblico se presenta como un sádico dispersador, Señor de la Disgregación; y la humanidad resulta expulsada, una vez más, del paraíso de la unidad y por siempre incapaz de lograr la coincidencia perfecta entre convicciones y tareas. Por supuesto, esta lectura del mito bíblico posee claras connotaciones políticas: muerte de la vida unificada y fracaso del concepto de humanidad, a favor de la vida dispersa de las tribus.

Pero lo cierto es que también caben otras interpretaciones. Sugiero la siguiente: siempre me he inclinado a pensar que, en el caso de que Dios exista, Él sabe lo que hace. Con esto en mente, imaginemos por un momento cómo sería el mundo de haberse

logrado la proyectada torre: todos viviríamos en una especie de multifamiliar monstruosamente grande y sin historia, una sola humanidad sin diferencias ni variantes ni conflictos. El consenso sería tan omnipresente como invisible. De hecho no existiría, pues el verdadero consenso sólo puede surgir, por necesidad, de las diferencias.

Ahora bien, la imagen anterior es una alegoría y si la presento aquí es sólo para trasladarla de inmediato al campo de la teoría y de la filosofía de la historia. En este nuevo ambiente la visión se muestra de la siguiente forma: desde hace más o menos dos siglos, teóricos, filósofos, preceptistas e historiadores han buscado construir una especie de torre de Babel del conocimiento histórico, donde quepamos todos en la contemplación de la verdad. De acuerdo con los indicios disponibles, en esta ocasión Dios no se molestó demasiado y se dedicó a asuntos más importantes. Y esto por la sencilla razón de que el daño ya estaba hecho: los buscadores de la verdad absoluta nunca se pusieron de acuerdo sobre cómo debía lucir esa verdad. El resultado fue la temida multiplicación de las torres, en donde cada verdad se enfrenta a las otras desde su respectiva atalaya.

Pero el anhelo de unidad, de consenso y de verdad (verdad científica, diríamos hoy) es permanente. Quizá por eso la obra de Hayden White ha generado tanta polémica. No intentaré, por supuesto, recorrer en este espacio el sinuoso camino de la recepción de la obra

¹ Peter Sloterdijk, *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*, traducción de Manuel Fontán del Junco, Ediciones Siruela, Madrid, cuarta edición, 2006, 103 pp. (Biblioteca de ensayo, 2). Agradezco a Ana Lucía Sarmiento por haber llamado mi atención sobre este texto.

whiteana, que va desde la admiración más absoluta y acrítica, hasta la descalificación total igualmente acrítica.² De hecho, en lo que sigue procuraré hablar, muy brevemente, del porqué de actitudes tan dispares. De igual manera, no creo que las razones de este fenómeno puedan encontrarse en una u otra obra específicas, ni en afirmaciones sueltas. Por ello, más que de puntos concretos de análisis, hablaré de ciertas implicaciones o sugerencias que parecen rodear al trabajo de White y que disparan las respuestas de sus críticos.

Quizá lo que pone más nerviosos a los historiadores, por lo menos en nuestro medio, es la sugerencia de White de que los hechos del pasado, entendidos como posibles componentes de una narración, no poseen por sí mismos un significado específico.³ Es decir, que el pasado está abierto a

múltiples configuraciones. Bien vista, esta idea tiene una larga tradición, pues está implícita en el perspectivismo de pensadores como Droysen, Dilthey, Ortega y Gasset, Collingwood y Croce, entre muchos otros, aunque ciertamente ellos no desarrollaron sus implicaciones. De hecho, uno de los principales intereses de estos autores fue el de dar a la disciplina histórica un marco conceptual y epistémico que le permitiera mantener su autonomía como ciencia y como conocimiento. Casi todos, pues, prefirieron subrayar aquello que distingue a la historia de las ciencias naturales y del arte, antes que explorar sus semejanzas.

Ahora bien, son justamente esas distinciones, que tradicionalmente han servido como justificación de un tipo de conocimiento específicamente histórico, las que se ponen en duda en la obra de White. Y esto no sólo porque en su trabajo se trascienden los límites que separan el arte de la historia, sino porque permitió una salida fructífera a la discusión en torno a la naturaleza científica del conocimiento histórico, discusión que había alcanzado una especie de estancamiento bizantino en lo que se ha dado por llamar “el debate anglo-sajón”. Por supuesto, estas innovaciones dieron origen a profundas desavenencias.

Por un lado, surgió un importante cambio de perspectiva: la preocupación por el lenguaje y la narración, que venía gestándose desde tiempo atrás, se ha vuelto uno de los focos de interés más importantes

² Para una revisión detallada de estos procesos véase: Richard T. Vann, “The Reception of Hayden White” en *History and Theory*, volumen 37, número 2, mayo de 1998, pp. 143-161. En el mismo número de esta revista aparecen varios artículos analíticos muy importantes (Frank Ankersmit, “Hayden White’s Appeal to the Historians”; Ewa Domanska, “Hayden White: Beyond Irony”; Nancy Partner, “Hayden White: The Form of the Content”). El trabajo reciente más completo que conozco sobre el tema es la tesis doctoral presentada en 2006 en la Universidad de Groningen por Hendrik Jan Paul, “Masks of Meaning. Existentialist Humanism in Hayden White’s Philosophy of History”, donde se incluye una muy completa bibliografía de y sobre Hayden White.

³ Idea desarrollada por White principalmente en *Metahistory The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973, 448 pp., y en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978, 287 pp.

⁴ Ejemplos elocuentes de esto son las siguientes antologías: Frank Ankersmit y Hans Kellner, editores, *A New Philosophy of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, 289 pp., y Keith Jenkins,



Rodrigo Díaz Maldonado, Evelia Trejo, Hayden White, Álvaro Matute, Perla Chinchilla y Alicia Mayer

de la teoría de historia y, a partir de White, y en buena medida gracias a sus propias aportaciones, es ahora patrimonio común de los estudios historiográficos y de la crítica cultural.⁴ Y es así a tal grado, que incluso pueden verse en la actualidad esfuerzos por ir más allá del debate en torno a la narrativa y a la representación, para abordar cuestiones relacionadas con la filosofía moral, la teoría de la acción y la experimentación con nuevos objetos y medios del discurso histórico. También puede decirse que el impacto de la obra de White en este sentido ha sido tan fuerte que, en no pocas ocasiones, su trabajo —particularmente *Metahistoria*— ha sido visto como una suerte de manual o preceptiva de los estudios historiográficos. Me atrevo a afirmar que hay pocas cosas tan alejadas de las intenciones de White como este fenómeno que, sin embargo, es bastante elocuente en relación al “clima” intelectual que su propia obra ha contribuido a generar.

Por el otro lado, la preocupación por la verdad adquirió, entre muchos historiadores, críticos literarios y filósofos, el carácter de una lucha irreconciliable: la historia no puede, no debe, acercarse demasiado al arte, pues esto compromete su permanencia en el reino de las ciencias y, por lo mismo, la naturaleza de las verdades que contiene. Esta posición no sólo asume, como uno de sus ejes fundamentales, que la historia debe ofrecer verdades garantizadas por el método, verdades objetivas e imparciales, sino que además procede a la negación de su pretendido opuesto, la literatura, que es vista como producto de la pura fantasía, que puede poseer muchas virtudes, pero que muy poco o nada tiene que ver con la verdad.⁵ Semejante dicotomía (historia=realidad, literatura=ficción) conduce, irremediablemente, a formular la acusación de un relativismo radical, pues si los acontecimientos del pasado pueden adquirir diferentes sentidos dependiendo de las estrategias retórico-literarias empleadas por los historiadores ¿dónde queda la verdad? Y, sobre todo ¿cuáles son los límites de la representación?, ¿podemos decir lo que buenamente queramos sobre el pasado? Estas preguntas se formularon y formulan siempre en torno a eventos particularmente sensibles, como la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto o magnicidios, crímenes y atentados recientes.

La supuesta naturaleza liminal y unívoca de tales acontecimientos justifica la pretensión de que sólo

existe una forma —o ninguna— de representarlos adecuadamente, y que cualquier otro intento sea tomado, en el mejor de los casos, como una falsificación irresponsable y, en el peor, como una mentira malintencionada. Paradójicamente, muchos de los argumentos de los detractores de White condujeron la discusión hacia el punto mismo que él ha venido señalando insistentemente desde hace tiempo: el problema de los usos y abusos de la conciencia histórica, su función real en el mundo de la práctica política e ideológica. En otras palabras, el problema no consiste en saber si acontecimientos como los mencionados pueden ser representados en forma incorrecta o irresponsable (pues si algo nos enseña la historia es que eso siempre es una posibilidad). Se trata, más bien, de encontrar nuevas formas de representación que sean capaces *no* de suavizar nuestra relación con el pasado, limando las espinas de su radical extrañeza, sino que nos permitan responder a los imperativos éticos, políticos y filosóficos del mundo discontinuo y caótico que vivimos y que *esos* mismos acontecimientos han contribuido a modelar.⁶

El propio Hayden White se ha encargado de dar respuesta a las preguntas antes mencionadas en más de una ocasión. Aquél que lea su obra con cuidado (y aquí me refiero *no sólo* a *Metahistoria*) podrá encontrarlas.⁷ Es por ello, y porque no estoy elaborando una defensa, que no pienso repetir las respuestas. Pero tal vez llamarlas respuestas es un poco aventurado. Estoy convencido de que muchas de las afirmaciones de White son, más que respuestas, nuevas interrogantes. Es más, me atrevo a afirmar que, sobre este punto, Hayden White comparte la opinión de Northrop Frye, para quien responder una pregunta equivalía a consolidar el estado mental a partir del cual la pregunta fue formulada, lo que obviamente limita nuestra capacidad crítica y reflexiva.

Voy a terminar señalando que no creo que las teorías y análisis propuestos por White contribuyan al debilitamiento o disolución del conocimiento histórico. Por el contrario, creo que buena parte de su proyecto historiográfico, teórico y crítico tiene como propósito la actualización, la puesta al día del conocimiento histórico. Para ello, sin embargo, fue necesaria una profunda revisión de los supuestos (epistémicos, éticos y estéticos) que subyacen al discurso histórico y, más aún, fue necesaria una reformulación de las relaciones que tradicionalmente ha guardado la historia con otras ramas del saber.

editor, *The Postmodern History Reader*, London and New York, Routledge, 1997, 443 pp.

⁵ Para un ejemplo de esta actitud, véase: Roger Chartier, “Cuatro preguntas a Hayden White” en *Historia y Grafía*, UIA, México, número 3, 1994, pp. 231-246.

⁶ Hayden White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, op. cit., p.50.

⁷ Particularmente su último libro: Hayden White, *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1999, 205 pp.